

## INTRODUCCIÓN

**E**L 14 de abril de 1931 la República irrumpió en España de un modo inesperado y pacífico. Alfonso XIII consideró que había perdido la estima del pueblo español y tomó la decisión de exiliarse antes que provocar una situación de fuerza que enfrentara, con violencia, a unos españoles contra otros.

Cinco años después, en julio de 1936, España vivió jornadas de gran ansiedad que preludiaban un pronunciamiento militar. Lo que fue inesperado es que, fracasado el movimiento de sublevación militar en Madrid, los españoles se vieran envueltos en una larga y cruenta guerra civil de casi tres años de duración. Ni el gobierno republicano ni los militares sublevados imaginaron ni desearon nada parecido. En España ningún pronunciamiento militar en todo el siglo XIX, ni en 1923, se convirtió en una guerra. El presidente del Consejo de Ministros de la monarquía parlamentaria, ante un «grito» militar que pretendía un cambio de gobierno, cedía el poder o intentaba una oposición con una iniciativa militar que no incluía matanzas de ciudadanos ajenos al pronunciamiento.

La sublevación militar orquestada desde Pamplona por el general Mola, a la que se sumó a última hora Franco y una amplia parte del ejército, tenía el proyecto inicial de un cambio gubernamental (no de régimen). La novedad fue la decisión del presidente Manuel

Azaña y del Gobierno frente-populista que, a diferencia de Alfonso XIII, opuso resistencia y distribuyó armas a los partidos y sindicatos de izquierda. Con ello el Gobierno republicano consiguió neutralizar la sublevación en Madrid, Barcelona, el Levante, Bilbao, San Sebastián y en otras capitales de provincias, mientras la mitad de las guarniciones españolas, con un amplio apoyo social de católicos, monárquicos, liberales, tradicionalistas y falangistas, se sumaron al pronunciamiento del ejército de Marruecos y Navarra.

El reparto de armas tuvo como consecuencia que el poder pasó de los despachos a la calle y el teórico gobierno republicano se vio desbordado por el poder efectivo de los milicianos frente-populistas. La violencia y las matanzas de los tres primeros días, entre el 18 y el 21 de julio, certificaron la imposibilidad de un acuerdo pacífico. La lucha iba a ser a muerte, con un solo vencedor.

El 18 de julio los milicianos en San Sebastián desataron una persecución de sospechosos de colaboración con los sublevados. En cierto sentido, San Sebastián también pasó de Corte a Checa como relató Agustín de Foxá. Agustín de Foxá (1906-1959), diplomático y escritor, publicó en Salamanca en 1938, una célebre novela: *Madrid, de Corte a Checa*. En la tercera parte del libro, «La Hoz y el martillo», Foxá relata las vicisitudes del protagonista, José Félix, en Madrid durante el primer año de la guerra civil.

Agustín de Foxá fue un falangista de primera hora, miembro de la generación del 27, y evolucionó hacia un cierto desengaño y escepticismo de los regímenes autoritarios para desembocar en el hedonismo. Recuerdo que Agustín de Figueroa y Alonso Martínez (1903-1988), hijo del conde de Romanones, comentaba anécdotas y vivencias con su amigo de la misma generación, Agustín de Foxá, y me contó: «Gortázar, ¿sabe Vd. la definición de Agustín de Foxá sobre la mayor concupiscencia?: tocar el timbre, que aparezca el mayordomo y pregunte: ¿Qué desea el Señor?».



Agustín de Foxá

San Sebastián acogía, en la Restauración (1876-1923) y en décadas anteriores, la Corte, la vida social y política durante los meses del verano, desde mediados de junio hasta mediados de octubre. Embajadores, ministros, la reina María Cristina, Don Alfonso y miles de turistas extranjeros residían en la capital de Guipúzcoa. E, incluso durante la II República, San Sebastián mantuvo un cierto estatus de capital política del verano que mantuvo después el general Franco hasta 1975. Por ello está justificado considerar que San Sebastián también pasó de Corte a checa; de un centro de gran atracción veraniega a una huida masiva de veraneantes y múltiples asesinatos en los días siguientes a la sublevación militar y social del 18 de julio de 1936. En aquellos días, los frente-populistas organizaron diez checas para una ciudad de cien mil habitantes, lo que supone una proporción de represión y abusos comparables a los de las checas de Madrid.

Agustín de Foxá escribió una obra de ficción cuyo éxito, además de su mérito literario, consistió en que conectó con un estado de opinión. Lo que a continuación sigue es un libro de historia de cincuenta y siete días de San Sebastián en julio, agosto y septiembre de

1936. Desde el 18 de julio hasta la entrada de las tropas del general Mola, el 13 de septiembre, San Sebastián estuvo bajo el dominio de los milicianos republicanos.

Como verá el lector, en este libro recojo testimonios directos o próximos de los protagonistas reproducidos con el rigor de las fuentes, documentos y memorias. He aquí algunos ejemplos iniciales:

San Sebastián, verano de 1936.

El encargado del cementerio de Polloe, Ramón Aldanondo, declaró a las nuevas autoridades que entraron en la ciudad el 13 de septiembre, a las órdenes del general Mola, que el primer fusilado por los milicianos del Frente Popular fue don Ramón Sáez de Píñilla, abogado de Murcia. Su cadáver fue llevado al cementerio a las cinco de la tarde. Según me dijeron, era un señor que estaba en el paseo nuevo pescando con caña. Alguien tuvo la mala idea de decir que era un espía, dedicado a hacer señales a los barcos para que enfilaran bien su cañoneo al Hotel María Cristina, y esto bastó para que se le detuviera y fusilara.

Poco después, un veraneante residente en el Hotel Excelsior fue fusilado; cometió el «delito» de escuchar una emisora de radio de los sublevados. Su nombre: José Portolés Serrano, agricultor de 44 años natural de Zaragoza. Portolés marchó a pasar el verano a San Sebastián en el año 1936, «siendo detenido en dicha capital el 11 de agosto del mismo año, acusado de ser monárquico y amigo del Sr. Calvo Sotelo, por la denuncia de una camarera, llamada Nicolasa, dando como razón de su detención la de escuchar Radio Nacional».

El teniente de Navío, don José Acebal e Íñigo se hallaba, el 18 de julio de 1936, circunstancialmente, en San Sebastián acompañando a su padre, recién operado en la clínica San Ignacio, y según

declaró su cuñado, don Estanislao Ron Cacho: «le sorprendió el Movimiento Salvador el 18 de julio, siendo encarcelado en la prisión del Kursaal de donde fue sacado en la madrugada del seis de septiembre de 1936 y conducido a la plazuela exterior del cementerio de Polloe, en donde fue asesinado a tiros de pistola ametralladora después de haber contestado con altivez y valentía a las increpaciones que por su conocido carácter de marino, católico y español, le hicieron sus asesinos»<sup>1</sup>.

Son tres ejemplos, entre otros muchos, de un inesperado y dramático destino; veraneantes o visitantes circunstanciales, que pasaban unos días del placentero veraneo en San Sebastián, terminaron delante de un pelotón de fusilamiento por causas verdaderamente absurdas.

El 31 de mayo de 2014 el Alcalde de San Sebastián, Juan Carlos Izaguirre, inauguró un monumento a las víctimas del franquismo en la trasera del Ayuntamiento, en la calle Igentea, a la entrada del Gobierno Militar de Guipúzcoa (ahora es una dependencia del Ayuntamiento), junto al Club Náutico. Cuando lo vi y leí me pareció una muestra insultante de parcialidad histórica con las «otras» víctimas de San Sebastián en el verano de 1936. Aquella impresión es el origen de este libro. Dado que la mal llamada memoria histórica está empeñada en reescribir la historia omitiendo los sufrimientos de una parte de la sociedad española, el lector podrá compensar, en las páginas que siguen, las versiones mutiladas de los profesionales de la parcialidad de la Historia.

Desde hace unos años se ha desplegado una amplia corriente de escritores e historiadores para los que la guerra civil contiene el siguiente paradigma: unos era buenos, muy buenos (los

---

1. Los tres testimonios en AHN. Causa General de Guipúzcoa, Leg. 1336, exp. 1, pp. 114, 115, 92 y 66.

republicanos del Frente Popular) y los otros era malos, muy malos (los militares sublevados y los que les apoyaron). Incluso, historiadores de la llamada memoria histórica caracterizan la rebelión militar, que tuvo un amplio apoyo social de católicos, monárquicos y requetés (los falangistas eran un minoría) como un plan de exterminio «fascista», sistemático, de republicanos a diferencia de «algunos» excesos puntuales de represión de personas o grupos por parte de milicianos que actuaron de forma espontánea y esporádica<sup>2</sup>. Este argumento no contribuye a la reconciliación de los españoles que fue el gran objetivo de la Constitución de 1978.



Comandancia Militar de Guipúzcoa. En primer término, el monumento a las víctimas del franquismo que omite las del verano de 1936.

---

2. Ver en este sentido el libro de Francisco Espinosa, *Por la Sagrada Causa Nacional. Badajoz 1936-1939*, Barcelona, Crítica, 2021.

No hay duda que la represión franquista cometió excesos en San Sebastián, hasta el punto de que don José Múgica, Alcalde monárquico liberal, nombrado por las nuevas autoridades sublevadas en septiembre de 1936, dimitió de su cargo apenas cuatro meses después por su desacuerdo con los mandos militares. También es cierto que muchos de los ejecutados, después del 13 de septiembre de 1936, fueron condenados por graves delitos de sangre como recoge en su tesis doctoral de 2015, Ascensión Badiola<sup>3</sup>. Pero lo más llamativo es la parcialidad del recuerdo que transmite el citado monumento, pues el Alcalde Izaguirre, militante de Bildu HB, olvida, omite por completo los cientos de ciudadanos residentes en San Sebastián, totalmente ajenos al inicio del golpe militar, asesinados durante el verano de 1936 por milicianos frente-populistas por el mero hecho de ser de derechas o por la codicia: el robo de sus bienes y pertenencias.

Un golpe de Estado fallido, que se convirtió en guerra civil, precisa algo más que la parcial y simplista versión de los escribas de la *memoria* histórica. Y, desde luego, para no repetir nada parecido, conviene recuperar la reconciliación, propugnada por el Partido Comunista de España desde los años cincuenta del pasado siglo y hacer uso del perdón solicitado por Azaña poco antes de morir. Aunque inusual, no es tan difícil apreciar y equilibrar las responsabilidades propias, ajenas y compartidas.

En las páginas que siguen se recogen testimonios de los protagonistas de aquellos dramáticos acontecimientos durante cincuenta y siete días de tensión y de terror en San Sebastián, en lo que fue un inesperado e indeseado veraneo de muerte. Incluyo, textualmente, versiones superpuestas (no necesariamente contrapuestas), tanto de las víctimas y sus familiares, militares, tradicionalistas, monárquicos

---

3. Ascensión Badiola Ariztimuño, *La represión franquista en el País Vasco. Cárceles, campos de concentración y batallones de trabajadores en el comienzo de la posguerra*, Madrid, Tesis doctoral, UNED, 2015.

y falangistas, como de nacionalistas vascos (algunos de ellos contrarios a apoyar a las fuerzas de la revolucionaria Junta de Defensa de Guipúzcoa), milicianos de la CNT y UGT, socialistas y comunistas.

Al estilo de otros relatos de ficción clásicos en los que se incluyen las visiones de ambos lados, en este libro hago lo propio, no como ficción, sino como versión y autoría documentada de parte. De este modo, el lector puede hacerse una composición de lugar sobre los hechos relatados por unos y por otros. A diferencia de la visión unilateral del Alcalde Izaguirre y de los escritores parciales de la memoria histórica, aquí presento argumentos de los dos bandos enfrentados. Testimonios, «desde abajo», que son complementarios de las historias escritas por los mandos militares en los que, desde su puesto de mando, describen operaciones de guerra y estrategia, «desde arriba», con una cierta lejanía a diferencia de los relatos vividos y próximos que he recogido en este libro<sup>4</sup>.

Las fuentes utilizadas para este trabajo son la correspondencia, memorias y diarios de los protagonistas vivenciales de los hechos y textos de destacados miembros del Frente Popular en San Sebastián, de nacionalistas vascos, cenetistas y socialistas. La Causa General de Guipúzcoa aporta numerosos testimonios sobre los hechos aquí reseñados y se complementan con autos del Tribunal Regional de Responsabilidades Políticas, con sede en Pamplona, que resolvía sobre la responsabilidad civil (indemnizaciones de los particulares al Estado) de los casos de Guipúzcoa ya juzgados en Consejos de Guerra. Se incluyen también declaraciones y expedientes personales procedentes de los archivos militares de Ávila y Segovia. El periódico *Frente Popular* impreso en San Sebastián en el verano de

---

4. Un buen ejemplo de visión desde el «Estado Mayor» es el interesante y documentado relato de la guerra civil en el Norte del General Dávila a partir de los cuadernos de campaña de su abuelo el general Fidel Dávila. Rafael Dávila Álvarez (2021).



1936, recoge la información que suministraba la Junta de Defensa de Guipúzcoa, que hay que complementar con otras, para seguir la evolución de los acontecimientos en la ciudad y en el frente militar de Irún, Oyarzun, Hernani y Tolosa-Andoain.

Especial mención merece el libro coordinado por Joaquín Arrarás, *Historia de la Cruzada Española*, en su capítulo dedicado a San Sebastián que es obra principal del periodista liberal, Alfredo R. Antigüedad. Como testigo presencial del verano en San Sebastián, el autor tuvo acceso a numerosos responsables de Izquierda Republicana y autoridades civiles y militares. Antigüedad reproduce conversaciones, reuniones, textos oficiales de los partidos políticos que componía la Junta de Defensa así como numerosos documentos originales, muchos de ellos publicados en el diario *Frente Popular*. Aunque Antigüedad usa una terminología muy crítica con los partidos de izquierda y los nacionalistas vascos, debidos a sus vivencias próximas (el libro fue publicado en 1942) de aquellos dramáticos días, no por ello deja de reproducir sus puntos de vista a partir de documentos y declaraciones.

Hay que advertir que, en la pasión de la guerra civil, ambos bandos se redujeron a dos denominaciones: rojos y fascistas. Pero es bien sabido que se trata de una limitación descriptiva que no responde a la diversidad de partidos y tradiciones políticas que componían los dos grupos enfrentados.

Como en todas las guerras, en ambos frentes de «rojos» y «fascistas» hay heroísmo y entrega personal en el cumplimiento del deber; también violencia, crueldad, envidia, venganzas y, en algunos casos, codicia. El lector podrá comprobar todos estos comportamientos a partir de sus testimonios.

En este libro he sido más un compilador que un autor y a fe que no he limitado ni he excluido cualquier versión relevante. El hecho de que haya recogido más relatos de civiles y militares sublevados se

debe a que la edición de libros y memorias del año 1936 del bando vencedor es más copioso que el de los republicanos. Ruego disculpas si he pasado por alto, involuntariamente, alguna fuente de interés, de cualquiera de los dos bandos, y agradeceré el aviso para incluirlo en próximas ediciones o reimpresiones. Incluyo cuatro apéndices que amplían la información y una relación de breves semblanzas de los principales protagonistas. En este libro hay un repertorio que considero bastante completo para ilustrar los dramáticos acontecimientos de aquel veraneo de muerte de 1936. En las páginas que siguen no hago un ajuste cuentas, como la sectaria memoria histórica; se trata de aprender de la experiencia y de no caer en los mismos errores de 1936 de ruptura, violencia y exclusión.